



—Yo siempre he solido ser entusiasta con exceso de todo lo que, á mi ver, significase progreso y, al notar que, día á día, con éxito sorprendente, por Europa se extendía esa costumbre reciente por la cual los millonarios y los grandes gobernantes no toman ya secretarios como acostumbraban antes, pues la mujer ha probado ser mucho más adecuada desde el momento en que há ac- de secretaria privada, [tuado quise importar, al instante, tan linda costumbre aquí y busqué una interesante secretaria para mí. No hay duda, los europeos demuestran un tacto fino al dar algunos empleos al eterno femenino. El resultado alcanzado fué realmente superior... Jamás hubiera soñado con secretaria mejor. Era rubia, inteligente, de sonrisa halagadora y de mirada inocente, aunque un poco turbadora. Tenía noción de todo, porque era muy preparada y ; me sonaba de un modo su voz dulce y bien timbrada ! Mi ceño, á menudo, huía ante sus sonrisas ledas



yendo mi secretaria lo mismo que sobre ruedas. Pero, al llegarse á enterar mi consorte de todo eso, si bien pareció aceptar las ventajas del progreso, sostuvo, con desenfado, en formidable querella, que ese puesto delicado le correspondía á ella. Y fué inútil insistir, ante su ruda porfía, en que solía escribir con pésima ortografía. Pues, con aire tremebundo, clamó, llena de despecho, que por nada de este mundo le quitaban su derecho. Al fin, como transacción, tras disputa tumultuaria, le concedí la elección de una nueva secretaria que inició ayer sus tareas... —Y también será un tesoro... —En un concurso de feas tendría medalla de oro. —Pero usted siempre es el mismo feminista... —Claro está, aunque eso del feminismo me entusiasma poco ya desde que vi comprobado, que, aunque parezca sandez, no se puede ser casado y progresista á la vez.

VICENTE NICOLAU ROIG.